

LA SEXUALIDAD: **una primera aproximación desde la ética cristiana**

Tony Mifsud s.j.

Para muchos la ética cristiana se reduce a un discurso prohibitivo y condenatorio sobre la sexualidad, y ésta - a su vez - se entiende de una manera restrictiva como "sexo".

Dentro de este contexto, se habla en términos de "amor" y de "sexo"; de tal manera que por una parte se idealiza el contenido de la palabra "amor" y, por otra parte, se reduce el "sexo" a un contenido grosero. El resultado es la presentación del "amor" como algo inalcanzable y platónico, y la prohibición del "sexo" como algo degenerado.

¿Tabú o Erotismo?

Esta comprensión miópica, restrictiva y dicotómica de la ética ha sido (¡y quizá aún lo sea!) una fuente generadora de un profundo sentido de culpabilidad junto con un sentimiento de dolorosa frustración, porque inconscientemente se tendía a comprender este tema tan vital para todo y cada persona humana dentro de un discurso sobre el pecado.

Lamentablemente, lo inmoral y lo moral se asociaba espontánea e unilateralmente a la vida sexual. Sin embargo, en estos últimos años, este fenómeno de la sexualidad - tan íntimamente conocido y desconocido por cada uno de nosotros - dejó de ser un discurso "oculto" para entrar en el terreno de lo "público", produciendo una verdadera "revolución sexual".

Si antes se hablaba del ser humano sin hacer ninguna referencia a su sexualidad, hoy en día se tiende a hablar del "sexo" sin referencia alguna al ser humano. Es decir, hemos pasado de un ambiente donde predominaba el "tabú" a un contexto de "erotismo" desenfrenado, donde el sexo forma parte de la sociedad de consumo como otro producto más dentro del mercado.

Es indudable que ambas situaciones - sea represiva como obsesiva - se encaminan hacia una vivencia alienante de la sexualidad humana. Dentro de este contexto pendular de lo oculto-represivo y lo público-obsesivo es preciso una comprensión correcta y humanizante de la sexualidad humana.

Una Condición Humana

La sexualidad dice relación a la condición existencial del ser humano como hombre o como mujer.

Cada persona humana se sitúa en la existencia (su estar-en-el-mundo) desde su ser sexuado y es desde su sexualidad propia que vive, piensa, siente, se comunica y se relaciona con los otros.

Por tanto, no se trata de "tener un sexo" sino de *ser sexuado*. La sexualidad es una categoría antropológica básica que define a los seres humanos según lo masculino o lo femenino. La sexualidad no es algo "añadido" a una naturaleza humana que es neutra, sino determina la persona como hombre o como mujer.

La persona humana constituye una unidad misteriosa, compleja y profunda. Cualquier discurso antropológico que presenta al ser humano como un "ángel" cae en un idealismo ingenuo, porque desconoce el ser humano real de cada día; como también la presentación del ser humano como "bestia" cae en un reduccionismo biológico y psicológico porque sólo asume la dimensión instintual del género humano.

El ser humano no es un ángel venido a menos como tampoco una bestia domesticada, sino simplemente un ser humano. Cualquier visión extremista o dualista no hace justicia a esta realidad

misteriosa y pluridimensional pero unitaria y convergente que llamamos "persona humana". Y lo humano no se define por lo masculino ni por lo femenino, sino por la complementariedad de ambos. Lo humano es lo masculino y lo femenino, y cualquier machismo o feminismo que pretende apropiarse de lo humano desvirtúa esa realidad rica y compleja que llamamos "humanidad".

La persona humana es un ser eminentemente *relacional* en cuanto la aventura humana consiste en un proceso continuo de relacionarse con uno mismo, con los demás y con Dios dentro de una historia concreta que se escribe todos los días. Conocerse frente a los demás aceptando la condición de criatura (que somos humanos y no dioses) es el desafío de crecer y hacer crecer.

La sexualidad humana resalta esta condición de relacionalidad del ser humano, en cuanto señala dos estilos o dos maneras de expresar el diálogo humano: lo masculino y lo femenino.

La sexualidad humana no se reduce a una "función" procreadora porque señala una condición básica de todo y cada ser humano. La genitalidad (el "sexo") forma parte de la sexualidad, pero la sexualidad tiene un significado mucho más amplio, ya que denota una manera sexuada (como hombre o como mujer) de situarse en y desde la existencia frente a los otros.

Esto no significa desconocer la importancia de la genitalidad (el trasfondo biológico de la sexualidad) sino destacar que la genitalidad asume su dimensión humana en la medida que llegue a ser una expresión auténtica y *significativa* de la persona humana. En otras palabras, la genitalidad, como mera expresión del mundo instintual, no hace justicia a lo humano porque el encuentro humano no se reduce a la unión o la satisfacción de dos cuerpos, sino la relación entre dos personas que quieren expresar mediante el lenguaje corporal los sentimientos más profundos y el compromiso fiel del amor humano.

Un Don de Dios

No deja de ser interesante y revelador que la comprensión bíblica de la sexualidad humana aparece de una manera muy concisa y precisa en los primeros capítulos del primero libro del Antiguo Testamento. En los primeros tres capítulos del libro del Génesis, el pensamiento bíblico sobre la sexualidad humana se sitúa dentro del contexto de la teología de la creación.

La sexualidad es una condición humana, por lo cual en el mismo relato de la creación del ser humano, se ofrece una cosmovisión bíblica de la sexualidad humana.

En estos primeros tres capítulos encontramos unas grandes afirmaciones y "revelaciones" sobre la sexualidad:

* Tanto el cuerpo como la sexualidad humana son obra del Creador y son considerados como muy buenos. "Y creó Dios el hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; macho y hembra los creó. (...) Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien" (Gén. 1, 27.31).

* Sin embargo, la humanidad se rebela contra el plan divino y quiere auto-afirmarse contra Dios. No acepta su condición humana y ve en Dios un rival en vez de la fuente de su propio ser. El pecado invade la historia humana. El ser humano entero, y, por tanto, también su sexualidad y toda relación entre hombre y mujer se encuentra perturbado por la presencia del pecado. Esta apertura hacia el *otro* se contamina por el egoísmo, el deseo de

explotación, el orgullo, dificultando la generosidad, la solidaridad, el interés por el otro como *otro*.

* Por consiguiente, en ninguna parte se afirma que la sexualidad es el "lugar" del pecado. Más bien se relata que sólo al pecar - es decir, al desobedecer - "se dieron cuenta que estaban desnudos" (Gén. 3, 7). Justamente, la presencia del pecado en el "corazón" del ser humano ensucia la mirada humana en el sentido de que surge la mirada pecaminosa de explotar o manipular al otro. En un primer momento, la desnudez no entorpecía la relación humana porque era transparente y respetuosa, pero la presencia del pecado cambia esta relación en posibilidad de daño y aprovechamiento del otro.

* Es decir, la sexualidad, lo mismo que el ser humano, sigue siendo buena en sí misma incluso tras la caída. Pero si la persona entera está alienada respecto a Dios, a sí misma y al otro, entonces esta alienación se inscribe dentro de todas sus relaciones. La sexualidad no constituye una excepción. Cualquier expresión de lo humano puede degenerar en un egoísmo despiadado de daño y destrucción. El pecado reside en el "corazón" humano y de allí que se expresa en todas las condiciones de lo humano, incluyendo la sexualidad.

* Sin embargo, la palabra decisiva sobre la humanidad no es la esclavitud del pecado sino la liberación en la gracia. Es la totalidad de la persona humana que está acogida en el misterio pascual y, por tanto, la sexualidad participa de la salvación en la medida que acepta la reconciliación obrada en y por Jesús el Cristo. La sexualidad no lleva en sí la salvación porque también precisa de la acción redentora. Sólo cuando la persona humana da muerte a su orgulloso deseo de dominar y explotar al otro, sólo entonces integra su sexualidad a la condición de redimida y participa en la plenitud de la vida en todas y cada una de sus dimensiones.

La vida es un don de Dios. La sexualidad es la manera existencial de vivir la vida y, por ende, en la fe se descubre también como un don de Dios mediante la cual se abre al otro para acogerlo en el respeto debido.

La sexualidad es el lenguaje comunicativo con el otro porque mediante los gestos, las palabras, los sentimientos, las miradas, y tantas otras facetas uno se auto-expresa desde su propia existencia y alcanza hacia el otro.

La atracción hacia la alteridad sexual deja de ser una "trampa" y se transforma en un impulso de interés por el otro, de solidaridad para con el otro y de profundo respeto hacia su crecimiento. Y, de una manera misteriosa, en el respeto por el otro se descubre el respeto hacia uno mismo. El respeto por la dignidad del otro se torna en la dignificación de uno mismo.

Una Tarea Constante

Este misterio de pecado y gracia que atraviesa la existencia humana refleja una verdad fundamental y ampliamente compartida: lo humano constituye una tarea constante. Lo "humano" no es tanto un dato descriptivo cuanto un desafío por conquistar. "Humanizar" la humanidad es el desafío ético que ha acompañado la historia y se erige como la meta perenne del camino que pretende construir una historia "humana".

Esta afirmación "humanista" prepara el camino hacia la trascendencia ya que en la aceptación de la propia humanidad como hecho y desafío se afirma la condición de criatura que busca en la

Divinidad su fuente de sentido profundo.

Esto significa que Dios no es "celoso" de - ni entra en competencia con - lo humano, como si la opresión de lo humano ensalzara la divinidad; todo lo contrario, la realización de lo humano en su dimensión auténticamente humana constituye la gloria de Dios.

La idolatría es la no aceptación de la condición humana y, al pensarse "dios", el ser humano oprime y explota para sentirse "dios" por encima del otro. La idolatría, en todas sus dimensiones, empequeñece al ser humano porque asume un rol que no le corresponde y que sólo puede sostenerse mediante la mentira sobre sí mismo y sobre los demás.

Por tanto, la **humanización** es la tarea antropológica fundamental: aceptar la condición humana sin caer en el peligro de la idolatría y realizarse plenamente dentro de la condición humana. Esta afirmación cobra significado para todas las dimensiones del ser humano.

Por consiguiente, es tarea de cada uno "hacerse cargo" de su condición sexuada para que realmente llegue a ser una sexualidad **humana**. La humanización de la sexualidad significa la desmitificación del "sexo" que reduce al ser humano a la categoría de "objeto"; pero también significa una apreciación correcta de la corporalidad en cuanto constituye un medio privilegiado de comunicación y apertura hacia el otro.

Una obsesión corporal o un espiritualismo desencarnado traiciona la realidad compleja - pero convergente e integradora del ser humano (espíritu encarnado) - y deshumaniza la sexualidad. Sólo una aceptación tranquila de la propia sexualidad, aunque en la presencia de la tensión que implica una siempre mayor integración de las distintas dimensiones que la configuran, permite una sana vivencia de ella.

La humanización de la sexualidad precisa de un sentido de **comunidad**. La persona humana es un ser relacional porque vive en constante relación con otros y es en el encuentro con el otro que se descubre a sí mismo como un "yo" frente a un "tú". La comunidad no es un concepto abstracto sino una verdadera necesidad para el individuo, porque dentro del "nosotros" se revelan y se realizan los "tú" y los "yo".

Ahora bien, la sexualidad denota la diferenciación sexuada (ser hombre o ser mujer) que busca la complementación en la alteridad sexual (el encuentro entre el hombre y la mujer) porque la plenitud de lo humano se encuentra en la complementariedad entre lo masculino y lo femenino. Por tanto, la sexualidad constituye un lazo privilegiado de crear comunidad y de vivir en comunidad.

En este contexto se comprende que el amor es el horizonte de la sexualidad, porque en el amor se crece en el encuentro con el *otro* de tal manera que el *otro* no se manipula sino que se respeta por lo que es. El amor dignifica y ennoblece el encuentro dentro de un ambiente de profundo respeto donde cada uno es aceptado y acogido en su proceso de crecimiento.

Sin embargo, es importante precisar que la vivencia de la sexualidad tiene múltiples expresiones. La relación de pareja asume la entrega fiel a *otro* como un proyecto de vida donde la vida nace del amor. El celibato asume un lenguaje distinto de la misma sexualidad porque la renuncia a la relación de pareja cobra un significado de entrega fiel a *otros* en la misión de servicio desinteresado pero amoroso. Matrimonio y celibato son dos expresiones complementarias de la sexualidad como dos estilos distintos de vivir la relacionalidad en comunidad.

Por último, la vivencia humanizante de la sexualidad encamina hacia la **trascendencia** porque en esta apertura radical hacia el *otro*, respetándolo en su alteridad, se abre la posibilidad de descubrir al OTRO como fuente de sentido último de la existencia. En la experiencia del amor, la persona entra en la PRESENCIA de AQUEL que trasciende el tiempo y el espacio aunque se revela en lugares y a

todas horas de la historia.

El amor generoso y entregado descubre la fuente de todo amor humano: Dios. "Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor" (1Jn. 4, 7 - 8). La "idea" de Dios está sujeta a la especulación humana, pero el **conocimiento** de Dios forma parte de la experiencia del amor. En el amor se conoce a Dios y Dios se deja **reconocer** en el amor.

La sexualidad humana no es un mero dato biológico, sino que sobre este trasfondo vital se delinea todo un proyecto de vida en el crecimiento psicológico y espiritual. La humanización de la sexualidad constituye, a la vez, una apertura a la presencia divina en la persona humana, porque hemos sido creados como "varón" y "hembra" a Su imagen y semejanza.

La sexualidad, correcta e integralmente entendida, encuentra en la fe cristiana un contenido de riqueza humana y un significado trascendente en la experiencia amorosa de la fe: el sentirse aceptado y querido por Dios se trasluce en el encuentro interpersonal, que se erige como un desafío de **hermandad**, en la experiencia de la común **filiación**.